

Álvaro Bermejo

Forzosamente, he de comenzar agradeciendo el espacio que me brinda esta comisión de fiestas para confesarles, de entrada, que detesto las fiestas. ¿Todas las fiestas? Interesante pregunta, pues lo cierto es que ésta es la primera vez que me detengo a analizarla, pero por el momento y muy a mi pesar, la respuesta es sí. Un sí primigenio, marmóreo, irreductible como una intuición puerperal o una visión mariana. Sí, amigos míos, creo que aborrezco todas las fiestas convencionales. Pienso en las que tenemos más a mano, el modelo de fiesta popular con charangas estridentes, churrerías malolientes, cenas pantagruélicas, concursos de tiro al plato, carreras de sacos y sacos de confeti derramándose sobre las cabezas de una marabunta ebria de fraternidad y kalimotxo. Vaya con el Bermejo, pensará usted, ya hemos topado con un exquisito donostiarra que se tapa la nariz cuando pasa por el cinturón de hierro renteriano, por la *banlieu* entre castiza y suburbial. Pues tampoco. Por los avatares de la pluma también he pasado por la experiencia de las fiestas galantes de la dorada San Sebastián / "Ñoñostia", y el veredicto es el mismo: Qué nauseabundo *glamour* el de esta *cocotte* de rostro de pergamino y labios malpintados, qué pestífero pandemonio de ungüentos rejuvenecedores en cada uno de sus esplendores, qué horror el de nuestra imposible *grandeur*. En lugar de gaupasas calle arriba y calle abajo, noches de blanco satén aguantando con una copa en la mano el estólido ir y venir de una jauría de pavorreales. En lugar de la habitual fanfarria vecinal eviscerando mejicanadas y cosacos del Kazán, la sinfónica de Bielorrusia haciendo lo propio con todo el repertorio de clásicos karajanianos. En lugar del festivo cine de barrio con sabor a pan de higo, una butaca en el Victoria Eugenia para acompañar los bodrios de moda con los ronquidos de un crítico abonado a sesión continua. Cuando se trata de arrebajarse en torno a un festejo programado todo es lo mismo y todo me sabe igual, desde mi más tierna infancia. Y con sólo escribir esa palabra –infancia–, como si en lugar de hacerlo frente al ordenador me hubiese reclinado en el diván del psicoanalista, todos mis horrores festivos crecen hasta alcanzar las quijotescas magnitudes de un ejército de gigantes y cabezudos persiguiéndome con sus terroríficas vejigas porcinas hasta debajo de la cama, donde solía refugiarme cuando la Fiesta con mayúscula venía por mí, harta de esperar en vano que yo fuera hacia ella. En treinta y siete años de autoexilio en el País de la Fiesta Continua, que es el nuestro, sólo he tolerado una y esto parapetado tras los geranios del balcón matriarcal. La

Tamborrada de los Luises del Antiguo –la de antes, no la de ahora–, y esto pensando siempre en algo que cuando lo decía en voz alta me convertía a los ojos de los demás en un deprimente personaje ibseniano. Pero, todo este retumbar de tambores día y noche –preguntaba a sus padres un niño de grandes orejas–, ¿no molestará a los enfermos que los padecen ahí al lado, en el hospital de la Cruz Roja? Hasta ahí, toleraban la pregunta arqueando las cejas con una sonrisa condescendiente. Lo malo venía cuando añadía: ¿Por qué no trasladan la Tamborrada a la playa de Ondarreta? Entonces comenzaba a oír murmullos a mi espalda sobre la conveniencia de internarme en algún siquiátrico a dosis diaria de pentotal. Este niño, qué ocurrencias. Lo peor sin embargo eran las fiestas escolares trufadas de competiciones de lo más insalubres, o esas tremendas hecatombes seudorreligiosas disfrazadas de bautizos y comuniones en las que además había que someterse a un ritual que sigo aborreciendo: estrenar ropa, vestirse de domingo, aceptar estoicamente los besos de las ancianas de la tribu y las collejas de los parientes lejanos. Y ya que hablamos de domingos, un dato más: Desde antes de estrenar mis primeros pantalones largos, no recuerdo una noticia más deprimente que la de pasar una tarde de domingo yendo a las ferias. Sí, tal vez este ritual era el que más me deprimía, alcanzando la calificación de cum laude si se veía acompañado de un fin de fiesta en el circo de turno. La estridencia de las cochambrosas atracciones, el ambiente de suciedad que se respiraba de carpa en carpa, los rostros de los curtidos operarios que te vendían cinco minutos de vértigo por cinco duros. Toda esa sensación lindante con la náusea alcanzaba las simas del cataclismo cuando veía saltar a la pista a los elefantes de ojos llorosos y patas más llagadas que la estigmatizada de Ezkioga, a los enanos con sus torturadas facciones velazqueñas, a los funambulistas que parecían temer más que el de la cuerda el vacío cavernario que se abría en sus estómagos, todo bárbaramente sazonado por las esperpénticas mojjigangas de los payasos, –ya entonces sus rostros me daban ganas de llorar–, o por el redoble de tambores que acompañaba a los tragafuegos y que entraban en mi cerebro con los aplausos como una trepanación lobotomizadora. Y ya de camino a casa, los inevitables paquetones de churros aceitosos o ese azúcar al vapor pringue y rosado cuya única utilidad parecía ser cubrir el cráneo de algún alopécico hombre rana. ¿Por qué será –me pregunto ahora– que me atormentaban desde niño todas las fiestas? ¿Será que mi carácter

profundo es el de un hipocondriaco o un misántropo? Sinceramente, Álvaro, ¿no eras tú uno de esos niños gafotas y repeinados que sólo se dejan caer por las fiestas para ejercer de aguafiestas? Responde sin levantar el dedo del teclado: ¿eras lo que se dice un amargado? Lo siento, pero no. Y digo lo siento porque de ser así no seguiría interrogándome al respecto. Entonces, para encontrar esa respuesta, sumérgete otra vez en tu infancia. Mírate fijamente en el espejo de tus primeros recuerdos. Si no era en las fiestas, ¿cómo y dónde te divertías? La respuesta es una sonrisa entre inocente y malévola que según crece se va convirtiendo en risa abierta. No puedo decir que me divertía leyendo –respuesta obligada en todo escritor que se precie–, porque por aquel entonces la lectura me aburría constante y solemnemente. Es decir, que no sólo detestaba las fiestas. También detestaba –casi tanto como a los niños cantores de la televisión– a los héroes de Enid Blyton y a ese gordito nauseabundo llamado Guillermo Brown. Entonces... Bueno, si hemos empezado con las lecturas seguiremos con ellas: Todo lo más soportaba una entrañable versión infantil de un Robinsón Crusoe superviviente al saqueo del Círculo Cultural Republicano, que con el paso del tiempo se había convertido en mi propia casa, y todo aquello que me permitiera soñar aventuras equiparables en mis montes y en mis playas. Y es que las playas de mi infancia no eran un escenario para tomar el sol, actividad reservada a esos

seres que entonces consideraba poco menos que subhermafroditas. Las playas tenían sentido en cuanto que sobre ellas se podían practicar todos los deportes imaginables con el viento de cara y de sol a sol. Si bien, entre los inimaginables, prevalecían ciertas procelosas batallas interclasistas contra los primogénitos de las grandes familias foráneas y también autóctonas, todos ellos reunidos bajo el cariñoso apelativo de “madrileños”, a los que había que perseguir y someter hasta hacerles tragar dos o tres puñados de arena, tal vez como una impremeditada anticipación de mis futuros fervores por Lawrence de Arabia. En cualquier caso y contra lo que pudiera parecer, ni el *perpetuum mobile* de un paranoico del pentatlón ni aquellas odiseas saharianas, nada de eso tenía mucho que ver con lo que más me divertía. La fiesta, la verdadera fiesta comenzaba cuando mi padre salía de su trabajo nocturno, a eso de las ocho de la mañana, para llevarnos al monte. El monte o la fascinación, el monte o el encantamiento, el monte o la aventura de vivir arrullado por los cantos de pájaros invisibles en una singladura antibucólica. Es decir, dejándose rodar colina abajo como una bola de hierba sin preocuparse de las piedras que podían abrirte la cabeza, trepando hasta las copas de los árboles en los días de tormenta para poder tocar los relámpagos con la yema de los dedos, o zambulléndose en los zarzales detrás de un simple puñado de moras que te sabía a gloria. También había cuevas en cuyas





fantasmagóricas entrañas se podían encontrar vestigios indudables del paso del Sacamantecas. Lagunas por las que se dejaban caer patos multicolores que al levantar el vuelo derramaban el arco iris desde sus alas. Y esos promontorios de Igueldo que caían a pico sobre el mar donde construí mi primera cabaña, con ramas de pino y cubierta de helechos, y desde donde las competiciones de traineras sabían a incursiones vikingas y desembarcos piratas en la Isla de la Tortuga. ¿Recuerdas, amigo mío, el aroma de los helechos en primavera y en otoño cuando su fronda te llegaba hasta el cuello? ¿Recuerdas cuando apenas eras un niño y el bosque era para ti un espacio mágico, casi de protección? ¿Recuerdas el sabor de esa zarza que abriste con tu navaja para probar su jugosa pulpa, o el olor dulce y severo de la tierra, de tu tierra, después de la lluvia? Claro, ese era el olor, el sabor y la atmósfera de lo que tú entendías entonces por una fiesta. La gran fiesta de la naturaleza ofreciéndote todos sus juegos, asombro sobre asombro, hasta convertirte en el gran señor de las quimeras. Debió ser muy fuerte esa experiencia, porque treinta años después no la cambias por nada. Es más, ahora que has desvelado la primera piel del enigma, mira lo que aparece en la superficie de la segunda: De nuevo la sonrisa. Una sonrisa de caminante a través del bosque, una mañana de invierno que de pronto encuentra una malviz aterida de frío a un lado del camino. La miras, parece muerta. Respira pero no sabes qué hacer con ella. Hasta que tu padre sin decir nada la coge entre sus manos y la tiene así un rato. Poco a poco la malviz va volviendo a la vida, se mueve nerviosa dentro de la jaula de dedos y nada más abrirse sale volando hasta el séptimo cielo. La fiesta, qué maravilla. El sombrero de prestidigitador en el corazón del bosque, y luego la música callada de la naturaleza con el mar inmenso y poderoso asomándose a jirones por entre los pinos y la niebla. A veces volvías a casa con los bolsillos llenos de cerezas, o de nueces, o de castañas. O llenos de nada pero borracho de vida, transfigurado por una belleza salvaje que aún no podías comprender. Otras veces caía la noche sobre ti sin darte cuenta, y sólo encontrabas el camino siguiendo las ráfagas del faro. Casi te daba pena regresar, porque la gran fiesta también era perderse y que nadie pudiera encontrarte. Mirar a las estrellas deseando que una de ellas fuese una nave marciana. O que debajo de ese hongo apareciese de pronto un conejo que te llevase a la carrera a un país imposible donde ya no hubiera necesidad de reventar los tímpanos de nadie para divertirse, donde no

fuese necesario obligarse a beber y beber para fingir un patético estado de felicidad, donde nadie tuviera que disfrazarse con la indumentaria anímica y corpórea de un imbécil para parecer alegre y combativo. Qué gran fiesta era la fiesta cuando nadie estaba para fiestas. Y qué lejos me siento desde entonces, es decir desde siempre, de todo aquello que se acompañe con el epíteto de "festivo". Pienso ahora en todo lo que puede suponer la lectura de estas páginas en una localidad sumergida en la barahúnda de su fiesta mayor, pero también descubro al pensarlo que debo tenerle una querencia muy especial a todo lo que supone Rentería vista desde San Sebastián. Si no pensara que en el fondo yo también soy uno de vosotros, tal vez no me hubiera atrevido a escribirlo. Pero lo escribo especialmente para un buen amigo al que sin embargo aún no conozco. No escribo esto para que el inefable Antxon Obeso me dé una palmadita diciéndome "Álvaro, qué bien escribes", menos aún para incomodar a los que perseveren con mucho mayor fundamento en la opinión contraria. No, escribo para un niño de la a un tiempo vieja y joven Oarso. Un niño con cara triste y sonrisa desaprensiva, semejante a ese monstruo incomprensible que era yo cuando tenía su edad. Quiero pensar que esta revista caerá en sus manos un día de lluvia, y que leerá este artículo condenado por el aburrimiento o por puro azar, mientras escampa y le llega el momento de salir en busca de la vida. Si he conseguido que después de leerlo al menos él me entienda no habrá oro suficiente en todo el mundo para pagármelo. Habré conseguido que ya nunca jamás se sienta incomprendido porque no encuentra su lugar en medio del estruendo de las charangas y la pestilencia a vino barato, como tampoco lo encontré yo. Habré conseguido que descubra en su melancolía, en su sensibilidad y en su imaginación un poder de encantamiento mil veces más seductor que la estridencia y el embrutecimiento de todos los artificios y los artefactos festivos. Habré conseguido, en suma, que ya nunca jamás vuelva a sentirse solo, porque el niño que yo fui y que ya no me pertenece estará siempre a su lado. Cuando alguien diga ¡Viva la fiesta! él sonreirá y los dos echarán a correr como dos locos furiosos monte arriba. Yo no he dejado de correr tras ellos desde entonces, buscándolos y buscándome, porque gracias a esa rebeldía contra la alegría por decreto conservo intacta una parte de mi infancia. Lamentablemente, la otra ha muerto ya. Sólo por eso, como soy más viejo, tendréis que disculparme si me veis correr sentado. 🐛